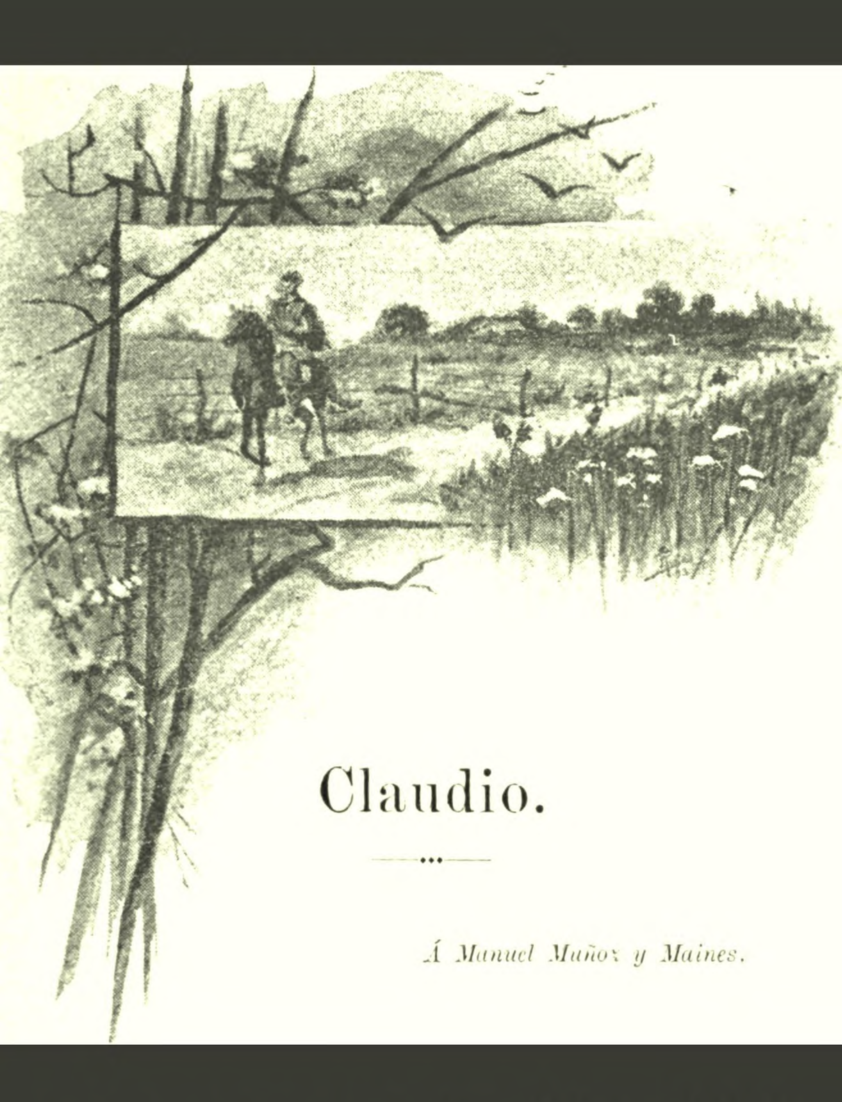


Claudio.

Á Manuel Muñoz y Maines.


Digitized by Google

Entreactos de la Vida Oficial

POR

TEÓFILO EUGENIO DÍAZ
Miembro del Tribunal de Justicia

DORNALECHE Y REYES, Impresores
Calle 18 de Julio, núms. 89 y 89 A
1893

LA

(u

Entreactos

de la

Vida Oficial.





Entreactos

de la

Vida Oficial,

por

Teófilo Eugenio Díaz,

Miembro del Tribunal de Justicia.



MONTEVIDEO.

DORNALECHE Y REYES, IMPRESORES,

18 de Julio, 89 y 89 A.

1893.

Dedicatoria.



Á

Miguel Ángel Díaz y Lizarralde

Te dedico este libro sin mérito actual, pero de mucho valor más tarde para tí, si se realiza un presentimiento tenaz que me inspira la poca confianza en mi salud.

No pretendo hacer testamento como monsieur de Camors; pero sí dejar escrita una causerie *que concurrirá á darte una idea de mi carácter y de mis inclinaciones, cuando abandones la escuela y empieces á darte cuenta del mundo y de sus peripecias.*

Puedo decir que es el primer juguete que te presento; y no temo que le descuides ni le rompas, como naturalmente habrás hecho con todo lo deleznable que cae en tus manos traviesas.

Sé que eres voraz, porque no te contentas con juguetes propios de tu edad, y muchas veces fué necesario sujetarte para evitar que el tranvía te destrozara....

¡Llorabas porque querías meter en tu patio, de que eres único y absoluto señor, al tranvía con caballos y cascabeles!....

Me dijiste hace poco que te gustaban las señoritas y no las niñas, y que estabas enamorado de la monitora de tu colegio, que no tenía más defecto que el de usar lentes!....

Estas vocaciones prematuras son peligrosas, y espero que mis Humoradas *podrán atemperarlas oportunamente..*

Si «cuando el Destino mi Fortuna amanse» *te conmueve mi dedicatoria, figurándote que he sido desgraciado, que el calor de tu afecto suba primero á los espacios y baje fatigado en forma de rocío sobre mi nombre labrado en dura piedra.*

TEÓFILO EUGENIO DÍAZ.



La fiesta de los siglos



La fiesta de los siglos.

El siglo volverá á presentarse; y el suelo de América, áspero por sus montañas y suave por sus bosques, ofrecerá el mismo eterno espectáculo.

Frente al Sol, las cumbres blancas de los Andes y la cima tostada del *Pan de Azúcar* Uruguayo.

De noche, un vago rumor en los abismos, cual gemidos de fuegos fatuos de los Incas.

Desfilando nuestra generación ante el IV Centenario del descubrimiento de América, no pasamos impasibles como las cumbres, soñolientos como los bosques, altivos como el Sol.

Somos, apenas, los *morituri* del Circo Romano, rindiendo homenaje al Tiempo y á la Historia.

¡ Ave Cæsar Imperator, morituri te salutant !

. . . .

Nuestra ambición por la posteridad, nos provee, sin embargo, de un notable consuelo.

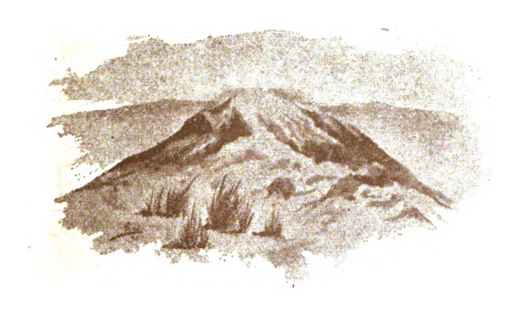
Se muere, pero no del todo.

El tiempo, que en el juego de la vida, donde predomina el azar contra la ciencia, hace la función del *Croupier* descrito por Wolff en su *Haute-Noce*, recoge nuestras ideas, nuestros hábitos, nuestros ejemplos, nuestro progreso.

Y en cada fiesta de los siglos, se produce un brillante concurso, en el que la vida material es de escasa importancia.

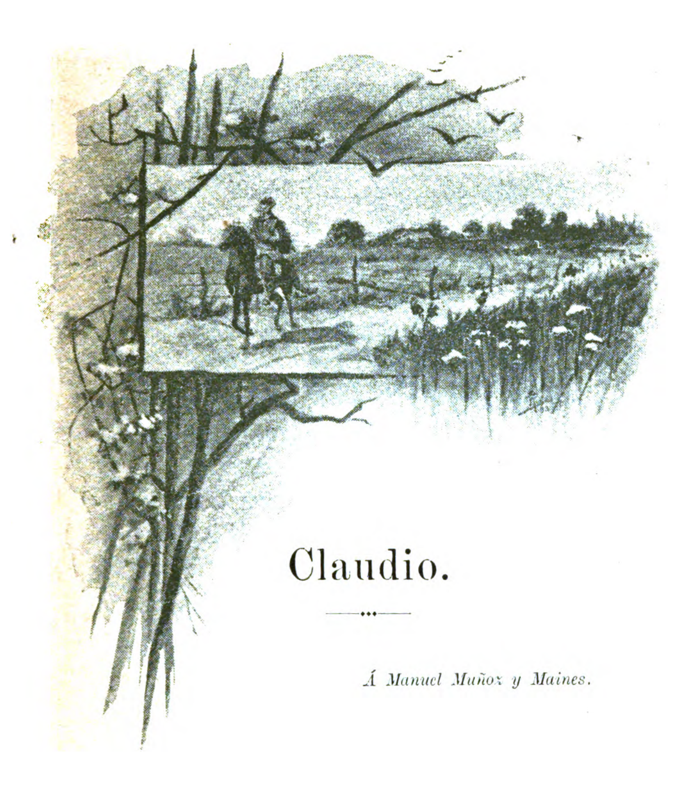
Si me fuera dado contestar á qué generación correspondería en ese concurso la mejor recompensa á adjudicar por la Historia, diría:

—Á la generación que descubriese otro nuevo mundo, cuyo suelo rechazase la semilla de los odios y la ambición incondicional de mando y de oro.



Claudio.

3



Claudio.

Á Manuel Muñoz y Maines.

—Yo soy Bentos Pérez.

Y Claudio, al oir el nombre del matador de su padre, sacó rápidamente un cuchillo filoso, hasta entonces incólume de sangre humana, y lo enterró ciegamente en el cuerpo grueso, fofo y viejo de aquel paisano turbulento en sus mocedades,

tranquilo en su vejez y destinado á recibir la muerte pronunciando su propio nombre, de manos puras y nobles.

La obcecación de Claudio no podía ser más extrema.

Siete veces entibió la hoja de Broqua y Scholberg en la sangre entonces menos ardiente de Bentos Pérez, que cuando la noche de luna bella y clara en que el padre de Claudio, saliendo al llamado de aquél, que marchaba como señor feudal acompañado de partida emponchada, recibió la muerte por el delito de ser adversario en color político.

La pobre esposa del asesinado, con su hijo varón en los brazos y el seno descubierto como indicio de que el *bebe* acababa de soltar la teta, salió precipitadamente al oir desde el interior del rancho, ese ruido funesto mezcla de alaridos, de choque de sable en las botas, ayes y quejidos de una víctima, tropel de gente alevosa.

La partida de Bentos Pérez, jara-

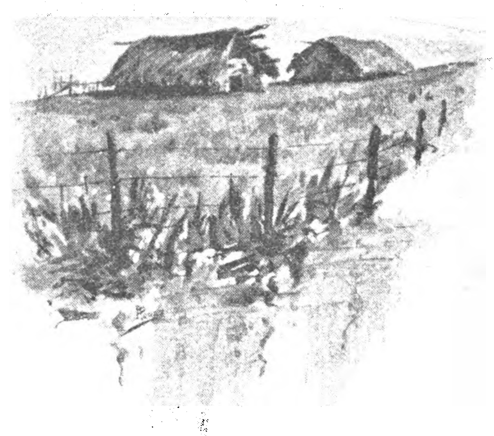
neando ante la indiferencia glacial de la naturaleza que ofrecía con el asesinato un nuevo detalle artístico á su panorama permanente, á la vez que cambiante, según la hora, la luz ó el tiempo, arrancaba, sin saberlo, la felicidad del hogar de los dos Claudios.

Veinte años habían transcurrido desde el momento en que Claudio el inconsciente parecía contemplar el cuadro horrendo, sujeto al seno de la desolada madre.

Durante tan largo tiempo ésta había conservado el luto que la guerra civil le impuso de improviso, en los momentos más apasionados de su vida conyugal, y la única oración del día desde entonces fué una plegaria rústica, como ofrenda sencilla del amor de la esposa y del hijo al malogrado jefe de aquel hogar que recién se formaba.

La fortaleza de carácter de la esposa para sobreponerse á su dolor, la dedicación al trabajo rudo del

campo en un pedazo de tierra donde la vaquilla devora las hojas jugosas de verdes plantíos y apenas respeta el maíz y la cebada, y se vive de una majada que tiene el rodeo cerquita



de las casas, su persistencia en vestir siempre de negro, fueron cualidades sobresalientes en aquella mujer virtuosa sin veleidad, fuerte en sus pasiones sin ornato, nacida para la fidelidad y envejecida prematuramente por esa acción aplastadora á que está

sujeto aquel que ha perdido ya toda esperanza.

En aquella casa no había imágenes católicas, ni santos alumbrados, porque el cielo había negado su concurso; pero no se abrigó jamás en ella la idea ó el deseo de venganza. Se rendía sólo homenaje místico al desaparecido que fué dueño de la tierra y de los ranchos, al que había vinculado su existencia por matrimonio eclesiástico á la que luego después fué madre del único heredero.

Claudio se crió y educó con la cartilla del episodio cruel, y su imaginación fecunda hizo de la muerte de su padre una leyenda que conmovía su corazón y exaltaba su pensamiento.

Bentos Pérez, eran para él palabras como pilas eléctricas.

Nadie sabía en la casa de Claudio, si Bentos Pérez vivía ó si ya estaba pagando en el infierno su delito, que ante la justicia de los hombres no pudo comprobarse; y entretanto Clau-

dio, precoz y animoso por llevar ayuda positiva á su familia, se desarrollaba con buenos sentimientos y prácticas honradas, atrayéndose la simpatía de todos los vecinos.

Un buen día, resuelve Claudio comprar una tropilla de caballos que le fué propuesta por un estanciero que residía en departamento lejano; cansó su caballo en el viaje, y acercándose á una estancia, pidió por tres días un caballo prestado, y lo consiguió. Su demora fué más larga, y al volver con su tropilla, se aproximó nuevamente á aquella estancia para él desconocida, con el sano objeto de pedir disculpa por la tardanza, devolver el caballo y agradecer el servicio.

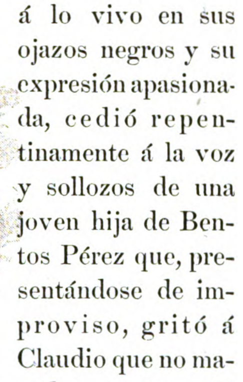
Entonces, encontrándose Claudio con el dueño de la estancia, fué así interrogado:

—¿Se puede saber el nombre de la persona agraciada á quien he prestado ese caballo?

—Sí, señor; me llamo Claudio....

—¿Y el nombre de usted, señor?....

. . . .



La exaltación de Claudio, que hubiera podido ser más duradera por su temperamento sintetizado á lo vivo en sus ojazos negros y su expresión apasionada, cedió repentinamente á la voz y sollozos de una joven hija de Bentos Pérez que, presentándose de improviso, gritó á Claudio que no matara á su padre, y se arrojó sobre el cuerpo de éste, tiñendo de púrpura su blanco vestido.

Claudio, cuyos ojos habían relampagueado tétricamente al cebarse en el asesino de su padre, sintió la calma reconquistar el dominio de su espíritu, y asombrado de su venganza

instintiva, llegó á su casa estremecido y dijo á su buena madre:

—Maté á Bentos Pérez; pero ¡ madre querida, he dejado huérfana á una pobre joven inocente y divina!

. . . .

Cuando Claudio fué presentado al tribunal del crimen, le había sido impuesta una condenación de seis años de penitenciaría, de acuerdo con absurdo veredicto, ignorante de lo alto y noble, que no siempre queda oculto en el fondo de la humana naturaleza.

En segunda instancia, Claudio, interrogado por varios jurados sobre los detalles del interesante caso, atrajo la simpatía de sus jueces.

—¿Qué sentimiento habéis experimentado después de realizada la muerte de Bentos?

—Sólo un pensamiento dilacera mi alma, y es el pensar en la pobre hija de don Bentos, cuya figura como un ángel ha tomado sitio en mis sueños,

y no puedo olvidar el mal que le he causado.

El jurado reconoció que Claudio había obrado impulsado por un exceso de amor filial, y recordaba sufriendo la figura de su víctima inocente.

¿Estaría enamorado Claudio de Marta Pérez?

. . . .

Absuelto por el jurado en segunda instancia, el distinguido fiscal no apeló, creyendo justísima la sentencia que dejaba en libertad á Claudio, y éste volvió bien pronto á abrazar á su madre, sorprendida de los acontecimientos que apreciaba como inevitables y fatales.

Los primeros días, al gozar Claudio de su libertad, parecía feliz, prometiéndose entrar de lleno al trabajo y recuperar lo que su casa se había atrasado.

Pero Claudio tenía un enemigo tenaz, una visión dominadora, un anillo de fierro que sujetaba todo su ser.

No había sofisma, esfuerzo ni recurso que pudiera detener á Claudio.

Claudio necesitaba ver á Marta Pérez, y esto era su profundo secreto.

Ante el jurado fué espontáneo, y dijo que la hija de don Bentos había tomado sitio en sus sueños; pero ni á su pobre madre ni á sus amigos expresó lo que él á su vez quería borrar en vano de su intención y de su mente.

Nada existe más abrumador que adorar contra el deber ó la propia posición.

Claudio comprendía que su tendencia era absurda, contra lo natural; pero amaba indudablemente á su inocente víctima, y este sentimiento producido como fruto de su venganza, revelaba la justificación de su ataque implacable, pero irreflexivo contra don Bentos.

Adoraba, y su deber, á pesar de ser joven y libre, era alejarse y no aumentar el llanto con actos que sólo

podían tomarse como inhumanas injurias....

Claudio desapareció una noche de su casa.

Hizo una jornada de varias leguas con un caballo de tiro y durmió en el bosque sin hacer fuego. Él ardía, y otras brasas le producirían malestar. Abrigado en su poncho de paño, había elegido una bóveda de enredaderas silvestres parecida á la de un templo artístico, en cuyo centro colgaba un nido de boyero tejido con pastos oscuros y suspendido de una larga y finísima hebra verde y resistente.

Al amanecer, el boyero cantó una armonía amorosa y melancólica, que aumentó el delirio de Claudio y sus anhelos de contemplar de cerca á la preciosa huérfana, á la hija de don Bentos.

Claudio, poseído del vértigo, creía fácil lo que sin amor es enormemente difícil y comprometedor.

Claudio creía que su plan estaba

perfectamente bien combinado. Sólo adolecía del *pequeño* defecto de que para realizarlo hubiera sido necesario que Claudio se hiciera incorpóreo é invisible, apareciendo sólo de manifiesto en la forma de Espirita cuando seducía idealmente á Guy de Malivert.

Claudio llegó todavía con luz por las inmediaciones de la estancia de Bentos Pérez.

Esperó la noche; y á la hora de la cena se fué acercando á pie y sigilosamente á la morada de Marta. El caballo quedó á distancia de diez cuadras en una isla de Mataojos, Canelones y Aruèras, próxima al caudaloso arroyo que serpenteaba en la falda de la misma colina en que estaba construída pintorescamente la estancia.

Un silencio profundo reinaba allí.

Sólo se veía á la china, ahumada como una palometa del *Culmbacher-Bier Local*, con cierto olor á yodoformo que produce el humo de la leña en

los vestidos de zaraza, cruzando de la cocina á las piezas de los patrones, con una fuente de carbonada ó una sopera de mazamorra, y más allá, en la cocina de los peones, algunas figuras de chiripá sentadas en banquitos de troncos rústicos, pasándose el mate, y contemplando el asado de oveja gotear en la hoguera que aviva su luz intermitente.

Claudio, que había conseguido llegar sin ser advertido hasta el barril del agua, y esconderse detrás, se resolvió de improviso á entrar á la pieza donde Marta comía con una vieja y una niña de su parentela. Claudio quería exponer su amor, su desesperación y pedir perdón; pero no tuvo tiempo de pronunciar una palabra. Apenas fué visto por Marta, ésta dió gritos desaforados, reconociendo al asesino de su padre.

—¡Satanás, Satanás! ¡acudan contra el diablo!

La vieja, imitando á la virgen horrorizada, gritó á su vez:

—¡Cruz diablo, Dios me asista!

La niña, tapándose la cara, corrió hacia la cocina de los peones, diciendo temblorosa:

—¡Ha aparecido el demonio!

Los peones salieron en grupo en momentos que Claudio partía de un hachazo la cabeza de Turco, el perro más bravo, que ya le acosaba de cerca.

—¡Y es el diablo *mesmo!*—dijo uno.

Y esto bastó para que el espíritu supersticioso de nuestros gauchos les obligase á remolinear persignándose, dando tiempo á que Claudio saliese en dirección á donde estaban sus caballos.

La peonada, medio repuesta, contemplaba de lejos á Claudio, y finalmente resolvió echar caballos para perseguir al fantasma.

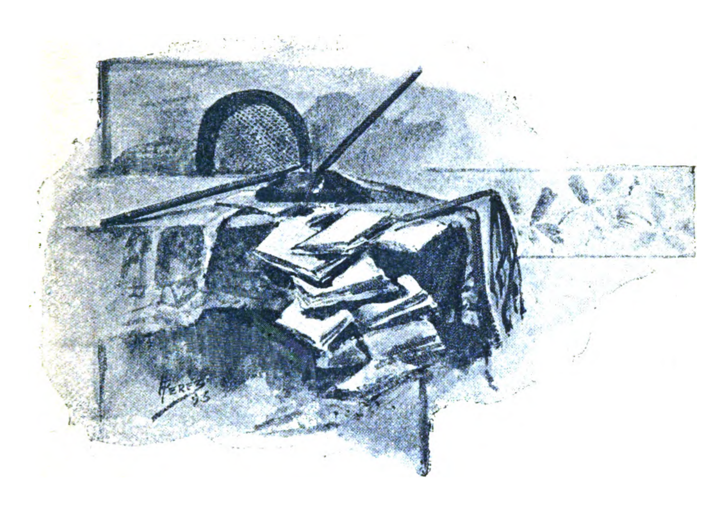
Cuando los peones de Marta salieron en busca de Claudio, éste había llegado á la isla, cortado el maneador que ataba al overo, y montado su zaino predilecto, lanzándose con él á lo más profundo del arroyo.

Así que el zaino perdió pie, Claudio interrumpió los resoplidos de su animal nadador cortándole el gañote de una puñalada, inferida con la mano firme de quien encuentra su último destino por acto de propia voluntad.

Claudio jineteó en los estertores de la muerte del zaino, y desaparecieron hacia el fondo del arroyo, hombre y caballo, como el cuerpo solo de un Centauro.



Humoradas.



Humoradas.

El distinguido publicista argentino doctor don Belisario J. Montero, actual director de *El Nacional*, acaba de honrar á *Tax* con una carta que encierra en breves líneas un juicio interesante sobre CLAUDIO.

Es la carta, como emanada de aplaudido artífice, un medallón cincelado con todo arte, un camafeo de Roma, que *Tax* se permite exhibir en una

humorada, no juzgando justo que se mantenga en reserva.

La discreción de un escritor cualquiera en reservar los elogios que literatos de fondo le dirijan, puede ser como la de la vieja de *Batignolles*, que se pavoneaba por las ponderaciones que recibían sus niñas; y en este caso, habría que disculpar el amor al bombo de que *Tax* pudiera encontrarse poseído en favor de sus obras, como cualquier otro hijo de Montevideo-Tarascón.

« Mi distinguido amigo *Tax:*

« Su artículo titulado CLAUDIO es espléndido, tiene trozos de ese realismo literario que, manteniéndose en los límites de la *buena ley*, se infiltra, penetra y se posesiona del espíritu. Admirables los cuatro rasgos que dibujan el cuadro de la estancia: una acuarela de tintas fuertes á la manera de Fortuny ó de Villegas.

El final, brutalmente conocido, es de mano maestra. Se necesitaba esa mano para poderlo terminar como usted lo hace. Hay belleza, la belleza cruda de la verdad que se impone y despierta sensaciones de algo que se ve, se toca, se siente, como si pasara á nuestra vista. Me enamoré de su artículo, y lo robé del flamante *Heraldo* para nuestro viejo *Nacional*, en cuyas columnas apareció en sitio preferente el 26 del corriente. Le escribo para agradecerle el buen momento proporcionado á nuestros lectores.

Al amigo Garzón felicítelo en mi nombre por la buena dirección literaria de *El Heraldo*. Reproduciré también algunas *Humoradas de Tax*, sobre todo aquellas que no tienen un carácter perfectamente local, y que son más generales.

Lo saluda, etc.

. . . .

Bien se deduce de esta frase de la carta: *El final brutalmente cono-*

cido, que Tax, además, tiene como otros autores de fama, *finales de mano brutal.*





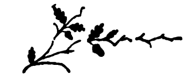
La naturaleza nos concede poca vida, porque teme que el hombre en su afán de progreso descubra sus más íntimos secretos.





Los verdaderos sabios son como las plantas medicinales.

Útiles, modestos, llevan la salud á la ciencia; viven adheridos á su meditación como las plantas al suelo, y mueren sin paladear los goces de la vida, despreciando la moda, las perdices grandes y las *becacinas*, los velocípedos, los *jockeys* y el *omelette soufflée*.





La Constitución de la República, si no ha sido violada en todos sus artículos, puede serlo casi impunemente, ó por lo menos sin una sanción inmediata; pero existe una excepción con la prescripción que fija en cuatro años el período presidencial.

El gobernante que quiera llevar su autoridad más allá del término improrrogable, vivirá en zozobra, bajo la amenaza de la injuria, del destierro ó de la muerte.





El hombre de Estado no llega jamás á imponerse contra las vanidades del pueblo, sino realizando por medio de la fuerza ó de la astucia, los éxitos de sus programas combatidos.

De este modo, servidos los intereses nacionales y los objetivos del trabajo, todos y cada uno *habrán conquistado* su bienestar civil, industrial y político.

De lo que se deduce que la democracia no puede alcanzar sino la ruina.





La Política, que no aparece como Sección de Programa de Estudios en ninguna Facultad, es la ciencia más difícil, y sobre la cual el más ignorante emite opiniones sin vacilar y con actitudes dramáticas.

Así, el verdadero hombre de Estado que domina los sucesos y sabe colocar á cada individuo en su puesto, según sus alcances y sus debilidades, es objeto de críticas violentas por aquellos que, sin saberlo, *necesitan* que el genio los encamine contrariando su marcha inconsciente y extraviada.

Yo creo que por esas ofensas los genios están resentidos y no se ven en ninguna parte.





El ejercicio de la profesión del Abogado es un juego de esgrima parecido al duelo de Fausto con Valentín.

Cuando se traba el debate entre los abogados contrincantes, aparece el juez y hiere, como Mefistófeles, al más asistido de razón.





El gusto por los uniformes deslumbrantes no se desarrolla sino en espíritus poco cultivados.

Una reacción contra los galones de cuatro dedos y los vivos y franjas luminosas, marcaría agradablemente un renacimiento de cultura en la clase militar, en todo país modesto y ávido de sinceridad.





La estufa en el gabinete del escritor es la incubadora artificial de las buenas ideas.

Teófilo Gautier decía que no visitaran su tumba sino en verano, cuando los pájaros trinan y todas las plantas adornan su follaje.

Pero... *¡pardon!* existe siempre una pequeña diferencia entre los pollos y las buenas ideas: aquéllos vuelan hasta el cerco del corral, y las otras recorren incansables y fuera de tiro todos los ámbitos del mundo, corrigiendo ó conquistando.





Debe descansarse temporalmente, dando reposo á la máquina de pensar.

La sociabilidad, el campo ó el amor renuevan las fuerzas y se trabaja después con más éxito.

De este modo, las jubilaciones del hombre público, por aparentes inutilizaciones, se producirán con menos frecuencia, y nos libraremos del *funcionario Fénix* renaciendo de entre sus ineptitudes, como en sus mejores tiempos de juventud y de vigor.





El hombre que no ha conocido la lucha por la vida y se ve poseedor de una inmensa fortuna, siente la necesidad de encontrar un ser superior á quien agradecer sus beneficios, concedidos en medio de tristeza y miseria, de esfuerzos inútiles, de méritos combatidos que se agitan á su al rededor sin afectar su bienestar y su dominio.

En ese noble trabajo, sólo el catolicismo con su brillo y su pompa le ofrece aproximadamente lo que necesita; pero no existe religión alguna que pueda calmar en absoluto el escepticismo del hombre culto, ante el problema sarcástico de la eternidad.

Por eso, hay ciertos afiliados que hartos de pedir beneficios á los san-

tos de su devoción, vuelven con tristeza á sus modestos hogares, preguntándose con sorna si en la otra vida distribuirán siquiera rapé ó les servirán su chocolate habitual.





Un *gentleman* enamorado de una joven bien llena de brillo y candor, cuando ha inspirado el convencimiento de sus buenas intenciones, es recibido por los padres de la señorita con muestras visibles de contento, como reciben los empleados de la joyería de Carassale á los buenos clientes, muy extremosamente... pero cuando tienen que abandonar las vidrieras, queda siempre un *Madgiar* grave, situado en punto estratéjico, para evitar algún manotón á las perlas.

Lo mismo le pasa al *gentleman*. Nunca lo dejan solo con su pretendida. Siempre aparece una amiga benévola, cuando en la casa no hay quien deba imponerse la tarea, que

acepta el cargo de *Vigilante obstruccionista de alto tono,* mediante una carta recibida en el día: «Venga á comer con nosotros, que á la noche esperamos al *gentleman.* No vaya á faltar: sea buena.»





No es conveniente la educación que acostumbra á las jóvenes del mundo elegante á una permanente compañía, porque producida su soledad, en accidente cualquiera fácil de presentarse, ante su novio ó ante un pretendiente distinguido, podría vacilar y desmayarse sorprendida, por una finta cualquiera de voluptuosidad.





Existe una similitud y una diferencia muy notables entre la probidad del hombre y la *integridad* de la mujer.

Se asemejan en que ambos deben cuidarse de exponerse á peligros que muchas veces se juzgan efímeros, y en el momento de producirse faltan los medios de combatirlos.

Y se diferencian en que se pierde la integridad de la mujer de un modo irreparable, mientras que la probidad del hombre puede sangrar alguna vez, fortificarse y hacerse invulnerable.





La sociabilidad íntima de los hombres de Estado es un estudio que puede llevar al conocimiento de sus tendencias en el gobierno.

Hay gobernantes que son sociables y amenos en toda oportunidad, pero de quienes se puede decir que su intimidad sólo se establece con sus propios pensamientos en la más segura soledad, ó dirigiendo su mirada taciturna al mar sereno en días claros en que todo parece un prodigio, ó á la borrasca gris como Lord Byron conduciendo su barca entre montañas de olas.

Mis felicitaciones á los que pretendan saber lo que ellos piensan ó deciden.





Los *peludos*, que carecen de fuerza para romper los huevos del avestruz, le cavan el nido, logrando asustar al zancudo que, al hundirse, rompe la nidada y huye ligero dejando libres á aquéllos para devorar las yemas.

Hay hombres que son sus imitadores, cuando persiguen el bien de los otros y aparecen humildes, interviniendo hábilmente en todas sus cosas y negocios, á pretexto de dispensar favores.

El pobre de espíritu es siempre vencido, atribuyendo á la fatalidad lo que ha sido el resultado del artificio y de la hipocresía.





La mujer soltera suele portarse mal con los viejos, no concediéndoles sino el derecho de mirar y el de morir.

Muchas veces, el galanteo de un viejo, lejos de representar una muy frecuente ridícula voluptuosidad, es el juicio crítico del *connaisseur*, que encuentra un tipo de mujer sobresaliente, inadvertida para los criterios inexpertos.

En tales casos, la soltera, sin comprometerse, puede dirigir una sonrisa de agradecimiento al inteligente crítico de sus encantos.





La mujer inteligente debe sacar partido del apoyo saludable que la sociedad distinguida le ofrece, atribuyendo al esposo toda la culpa de sus disensiones íntimas.

De este modo, el hombre culto que está obligado á defender á su mujer contra los ataques mundanos, se libra descansadamente de esa penosa tarea, y resignándose á vivir á la intemperie bajo una lluvia torrencial de censura, puede compensar en gran parte los sinsabores de su soledad.





Uno de los atributos que embellecen á una mujer correcta, elegante, triste y pálida, es la compasión por su infortunio.

En cambio, el aniquilamiento del hombre de carácter empieza desde el momento en que se le compadece.





La inconsistencia de los títulos de nobleza está demostrada por la sencillez de la verdadera aristocracia y su tendencia á imitar las costumbres de la humilde gente cristiana.

Los que consiguen por artificios falsos pergaminos, son inferiores á los cuarterones ó meztizos de carrera.

Aquéllos son siempre unos *batatas*, mientras que los últimos suelen pegar solemnes *batatazos*, halagando la *imaginación* de los *sportsmen*.





El *humour* varía según los nervios, el viento, el sol ó la neblina.

Es parecido por esa razón á los *ingleses* sociales.

La habilidad del deudor, en consecuencia, consiste en elegir el día oportuno y el momento más favorable para obtener una renovación.





Bernárdez funcionando en *El Heraldo*, con el tren de Eridán venciendo á Camors, y produciendo artículos de todos los matices: Política, Teatros, Necrologías, Crónicas, es como la Botella Milagrosa del profesor Roberth, sirviendo vinos y licores al paladar de los concurrentes.

Vitam impendere....





La música contribuye poderosamente á la veneración de lo desconocido.

Una misa cantada en París ó en Dresden calma y suaviza con sus melodías propiamente divinas, las nerviosidades ó tristezas; y las naves del templo apenas dan cabida á los devotos.

En Montevideo no asiste nadie á la misa cantada, á excepción de algunas *adoratrices* distinguidas que, aficionadas á la buena música, se imponen el sacrificio del tímpano en homenaje á su devoción.





Una de las razones que debe pesar para modificar la forma apasionada con que el liberalismo combate á la Iglesia, es la convicción que se adquiere con la fría meditación, de que, en un bando como en otro, hay hombres de positivo mérito que realizan sin ostentación el bien, y practican la virtud por natural tendencia.





El médico que carezca del instinto de curar, puede compararse á un lagarto que tuviera paralítica la cola y no pudiera dar *colazos* en el *camoatí* para espantar las avispas y recoger la miel.

Hay curanderos que inspiran naturalmente supersticiones porque tienen aquel instinto, y logran levantar á los desahuciados de ciertos médicos *cachetés*, vestidos de negro, con gestos de graves preocupaciones é insignes lectores de gacetas, durante el vaivén de sus *coupés Clarence* en el trajín de la ciudad.





Es imponente el culto que atrae á las multitudes á los templos ricos de arte y de oro; pero la cita expresa, á día fijo, de todos los doloridos para rendir homenaje á los muertos, es un alarde ridículo.





Deja siempre un profundo pesar que la edad no borra, el recuerdo de pequeñas ingratitudes ó desatenciones con la que fué buena madre, y un suspiro secreto hiere el alma cada vez que cumpliendo un deber cristiano, se deja con extraño fervor un ramo de flores del tiempo sobre su lápida modesta.





No se puede ser ferviente católico sin recibir una educación religiosa, severa y continuada desde los primeros años.

Los católicos, de ese modo, mediante sus asombrosos recursos de talento y perseverancia, han conseguido desautorizar el proverbio francés: *Chassez le naturel, il revient au galop.*

En consecuencia, cuando una persona ha hecho ostentación de liberalismo y se convierte á la fe, debe ser aconsejada por los hombres superiores de la Iglesia, que no se permitan arranques extremosos de consagración radical á las nuevas ideas, porque es muy posible que no se crea en su sinceridad.





En una sociedad apasionada y buena como la nuestra, es inútil buscar aplausos por la aplicación rigurosa de las leyes escritas, al ejercer su pública representación.

El funcionario que no suavice su criterio en las exigencias de la equidad y no lo amolde en la forma menos injuriante ó áspera, puede aparecer como el *Jefe de la Caballería de la Muerte,* cargando siniestramente á los heridos.





El estudio de la anatomía en las niñas es una extravagancia que costará caro á los maridos del futuro.

La luna de miel para la esposa consistirá en hacer estudios analíticos sobre el *tronco, cabeza* y *extremidades,* que es la famosa división del cuerpo humano, repetida por la inocencia de nuestros hijos como alarde de la bondad del sistema Vareliano.

Es claro que no resistiendo ningún hombre á semejante examen, como lo comprendían nuestros sobrios antepasados, *bravos,* pero guardando las formas con cierto misterio, las futuras esposas se reirán de sus maridos á carcajadas.





Cuando la naturaleza, poseída de *spleen* ó jaqueca, seca la tierra, niega el color verde á las praderas, enturbia el agua de las *cachimbas,* corta los arroyos, enflaquece las vacas y pica en las cepas abatidas los racimos de uva moscatel, otrora tersas y transparentes como de esmeraldas finas, ovaladas y escogidas, es discreto postergar los casamientos para no molestar á la *enferma* con las felicidades de amor, presentando bellezas y coloridos que imitan á los que la naturaleza se afana en ocultar.

Resentida, puede circundar el nuevo hogar de mariposas grandes y negras, que son presagio de tristeza.

Y halagada por la oferta del cuadro radiante de los novios, en los

días florecientes en que todo sonríe, la naturaleza toma siempre bajo su amparo el nuevo nido y le protege en el incierto camino.

Pero existe una receta de curandero para salvar los inconvenientes de la seca y de la isoca: salud, amor, trabajo y orgullo.





Todo gobierno elector puede tener alguna similitud con Meyerbeer en la manera de instrumentar la sonata del 1.° de Marzo.

El solo de violines fué la última producción de aquel coloso de la armonía, que sirve de *ouverture* al quinto acto de la «Africana», célebre por su imitación del ruido del mar y choque de las ondas al desvanecerse en la playa.

Y la última obra del otro gran compositor puede resultar *un solo* de *violones* imitativo del oleaje de la opinión, deshaciéndose en las barrancas cortadas á pico de la nueva ley electoral.





Los miembros actuales de las Juntas Electorales son como *les truites saumonées* del establecimiento de Piscicultura en Clermont-Ferrand.

Una vez incubados artificialmente se lanzan al río revuelto de la lucha, como la *truite* cuando ha adquirido toda su movilidad y puede salvarse de la voracidad de los otros peces.





Existe solamente una clase de aduladores que pueden ser hombres de valer: los que adulan á la mujer bonita ó agradable, aunque sea una cocinera .... con tal que se lave. El adulador del poderoso es siempre mezquino y cruel con los infelices.





Al hombre que alcanza altas posiciones y no ha tenido educación ni roce social, no le importa la crítica mundana, y en sus incorrecciones que le son agradables, imita al zorro metiendo la cabeza por debajo de la *lechiguana* tejida en las chircas, y erizando con desprecio el pelo para salvar su epidermis de la lanceta del insecto.





Puede fácilmente un gobernante equivocarse sobre la noción de las virtudes del pueblo gobernado, si lo juzga exclusivamente por los *documentos humanos* que le rodean con el propósito de adularlo. Acostumbrándose aquél á mirar á los hombres como caballos amaestrados, puede llegar fácilmente á la opinión sincera de que nada existe en el país digno de la libertad, ni de las contemplaciones impuestas por el decoro personal de los hombres.

. . . .

« *Perdon mio camerata,*
« *Non è diretta a voi*
« *La nostra serenata.* »



La diplomacia no disculpa inco-rrecciones; pero la buena amistad se alimenta de disimulos discretos y per-dones sinceros.





El hombre de Estado aficionado al juego de billar, gana frecuentemente las partidas, porque su atención tenaz habituada á los grandes problemas, reemplaza la habilidad de los más diestros.

Á no ser que sus contrincantes le den *changüí* con intención de no malograr sus combinaciones más interesantes.





La oportunidad de la muerte de un hombre superior decide de su mejor brillo en la historia.

Muchas veces se vive demasiado, y caracteres que fueron admirados, ceden en larga lucha al sensualismo de las sociedades modernas, y son combatidos por la corriente ligera de la opinión, que sólo aspira al éxito del día.

El asesinato que produce una víctima ilustre, y que se condena por todos los hombres buenos, puede ser accidente que, lejos de impedir los efectos saludables de una buena causa, lleve más fácilmente el arraigo de las doctrinas en las fibras del pueblo, que cuando el tribuno ó el reformador es arrebatado por la inconsecuencia.

El filósofo, sin embargo, sin ceder

á las veleidades del público, conserva siempre alto respeto por las páginas brillantes de un hombre y saca provecho de su talento, de su carácter ó de su valor.





El *Skating Palace* en pleno funcionamiento, simboliza la vida fugaz y feliz de la juventud.

Y los *tumbos*, los accidentes de la mala suerte.

Con una diferencia: que en la pista los *tumbos* producen risas, y en la vida real heridas que duelen mucho y no curan con facilidad...





El agradecimiento por pequeños beneficios forma poco á poco un capital sociable; y muchas veces es el apoyo más inconmovible del hombre de Estado.





En nuestros pueblos de campaña oprimidos por el sistema de centralización administrativa, se malogran caracteres, talentos y mujeres notables por la soledad que apoltrona, por la desconfianza recíproca de los hombres, que les impide desenvolverse con actividad y altura, y les obliga con preferencia á practicar estudios caseros sobre los defectos ó debilidades peculiares á un sexo ó á otro.

Decretar la supresión de las poblaciones rurales sería preferible á que vivan durmiendo la siesta; y así Montevideo aumentaría sus elementos de progreso!





Hay unanimidad en la soberanía nacional que *funciona en sinagogas*, respecto de las cualidades que deben adornar al futuro Presidente de la República:

1.ª Aspecto grave.

2.ª Palabra medida por pequeñas dosis, como el *Benjuí de Siam*.

3.ª *Perfomance* de un tipo del *Directoire* presentándose de frac en un salón aristocrático.

4.ª Ser *porte-bonheur* en finanzas.

5.ª Haber concedido favores á todos los partidos políticos, bajo la impresión de un pasado nebuloso y su inseguridad en los primeros pasos en el Gobierno.

6.ª Decisión *para tirar las muletas*

en un momento preciso en que nuestro organismo político gravemente enfermo, necesite su Dictadura como única acción saludable.

7.ª Talento para convertir la fortaleza del Cerro en una escuela de política práctica, para colocar á pupilo sin *relâche* á los hombres más importantes del partido colorado, bajo la dirección de uno de sus amigos más *serenos*, capaz de aplicar con rigor las lecciones sobre objetos.

8.ª Cambio radical en los jefes de cuerpo.

9.ª Crear el empleo de Literato Presidencial para sus triunfos oratorios en todas las fiestas públicas.

10.ª Mantener al doctor Brian como único ejemplar de *Guarda-agujas* administrativo presidencial, sólo comparable al director del *Clapam Jonctions* en su incesante fatiga de dar dirección á los trenes.

De lo que se deduce que la soberanía nacional en conciliábulos, es,

como ciertas mujeres, según un proverbio francés:

« *Certaines femmes sont comme les côtellettes: plus on les bat, plus elles sont tendres.* »





La suerte en el juego es como la influencia oficial.

El más inocente puede ser protegido por ella, como el más inepto consagrado alto funcionario.





La creación del Tribunal Supremo Militar y la designación del Teniente General don Máximo Tajes como su Presidente, fué la instalación de un *invernadero* con alta temperatura política, donde ha crecido y se ha desarrollado, á través de cristales opacos, su candidatura presidencial.





El *blanco* que simboliza correctamente la marcha de su Partido, es el distinguido diputado doctor Segundo.... porque es cojo.

Lo que no perjudica sus nobles intenciones y sus procederes caballerescos.

. . . .

Uno de la galería:

—¿Y su Partido, Tax?

—No marcha, señor.... *ça boulotte.*





No hay ceguera de amor, propiamente, cuando la amante es preciosa y al pasar se detienen todos, adivinando las formas de la *Hebe* de Canova.

La belleza y la forma enamoran locamente, pero no privan de la vista á su dueño. Éste siempre ve claro que necesita mucha defensa, con sumo talento, para que no se empañe el *cristal muselina*.

Lo único que caracteriza la legítima ceguera es cuando el hombre no ve lo insignificante ó la fealdad de la amante, y vive á oscuras suponiendo á otros interesados en arrebatarle su dicha.

Esas pasiones extraordinarias que suelen poner en cierto muy limitado

ridículo á muchos hombres de mérito, son, sin embargo, las compensaciones concedidas por la naturaleza en favor de aquellas mujeres, privadas por el formulismo vanidoso de nuestros elegantes, de la adulación y galanteos.

Es claro que para eso las feas han sido dotadas de mayor astucia, de más claro criterio y de más engañador artificio.

Y los hombres de talento son los más accesibles á la seducción de las insignificantes.





La perdiz grande, que ya ha sentido el estruendo de la escopeta, y tomado el vuelo, esparciendo en el aire espumas de pluma, arranca hacia las nubes como una bomba de mortero en fuegos artificiales criollos, al advertir nuevamente los resoplidos del perro, husmeando en las pajas.

¡Dichoso el cazador que pueda *convidarla* al festín del morral!

Así á la campesina inocente, perseguida por algún cazador de mixtos, internado en los sembrados ó huertas, si toma vuelo reponiéndose de su palidez y de su estremecimiento, no vuelven los chumbos á alcanzar su arisco orgullo.





Hay tipos de mujeres sobresalientes que, movidas por dignidad llena de encantos, desprecian la superficialidad á la moda de quienes ambicionan marido como único fin de sus formas, de su frescura y de su elegancia.

Y prefieren envejecer y morir reconcentrándose en sus sentimientos secretos, antes que envilecer las tendencias nobles de su corazón aceptando la fórmula materialista de un matrimonio puramente convencional ó incompatible.





La erupción de los volcanes no tiene ley fija conocida, y nada contiene el ímpetu de su lava.

Así de las ideas. Debe dejárselas correr por los canales de la prensa, cuando el volcán intelectual muestra su cráter encendido y humeante.





La confianza en la subsistencia de nuestra independencia nacional como resultado de un *equilibrio* tradicional, ha aletargado en nuestros hombres superiores los estímulos del honor patriótico, suplantando por hábitos egoístas y festejos rutineros que á nadie conmueven, la educación sólida y útil de los uruguayos.





La riqueza es un bien que la naturaleza distribuye al acaso, favoreciendo á ojos cerrados ya al avaro, ya al cuerdo, ya al pródigo: es como la belleza, negada muy frecuentemente á distinguidas aristócratas y concedida á pobres aldeanas que suelen envejecer ignorando la predilección caprichosa de las leyes sin lógica de la reproducción.





El ingreso á los cuarteles como aparentemente voluntario de tanto *muchacho* robusto, es la carrera que absorbe á la industria ausente sus preciosos elementos, y disputa á la expatriación sus presas indecisas.





En la otra orilla no hay avaros, porque la mujer, hecha de rosas, de amor y de nácar, es reina íntima, edifica palacios de soñada arquitectura, vuela en carruaje por las avenidas de madera con las alas herradas de alazanes que resoplan fuego, renueva sus perlas, topacios y blondas como las hojas la fronda artística de sus jardines placenteros.

¡Fire resisting! ...pero no se inventará jamás caja de fierro que resista á aquel fuego....de la voluptuosidad.





Mientras el Cuerpo Legislativo sufra incondicionalmente la influencia del Poder Ejecutivo, que radica por la Constitución en una sola persona, los ministros secretarios de Estado, por más que presuman de hombres superiores y preparados para la vida pública, seguirán siendo simplemente los arcos de que se vale la *primera excelencia* para disparar sus flechas contra las conveniencias nacionales.





Los que combaten las desigualdades de la fortuna y pretenden distribuirla con el criterio del partidor de herencias, desconocen los estímulos del genio artístico y sus derechos de imponer un precio fabuloso por sus obras excepcionales: Cánova ó Murillo, Rauch ó Pradilla, sin la acumulación del oro en determinadas manos, no valdrían más que las figuras de yeso ó las oleografías.





Es agradable contemplar á un gobernante rodeado de sus ministros de Estado durante las ceremonias del 25 de Agosto, vestidos de gala, ostentando su patriotismo y su *savoir faire* con los representantes, siempre reservadamente satíricos, de las naciones amigas; desenvueltos y despreocupados, como quienes han cumplido con su deber y nada tienen que hacer en beneficio del país; — haciendo *pose* de sus méritos de estadistas, como el coronel Toledo con sus dos brillantes químicos; — pero no es tan agradable que el sol de nuestro día más claro, siga iluminando sin nublarse, á miles de familias diseminadas en nuestras campiñas por montones que se titulan pueblos, como *Zapicán, Costa de Mansevillagra, San Máximo,* etc., y

que viven, obligados por el hambre, merodeando por las estancias en busca de la carne de los terneros que se matan como antiguo recurso criollo de engordar las vacas; marchan casi desnudos, sucios y descalzos, entre las ortigas y abrojos que circundan sus chozas; llevan sus chinas apenas púberes al altar erótico de las autoridades policiales deslumbrantes con sus pretales de níquel y mandiles rojos; y husmean, finalmente, en romería de *charruitas*, con grave perjuicio de la conservación de las especies ornitológicas, los nidos de chingolo y las nidadas de perdiz grande, para nutrirse de sus huevos pasados por agua en las *paras* mugrientas del mate.



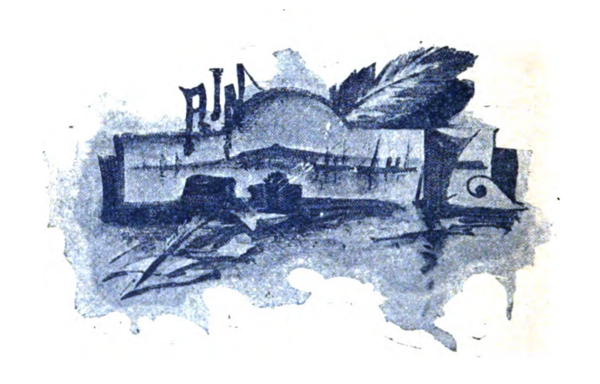


El rey que pretendió no dormir jamás, según la leyenda, iracundo ante lo irrealizable de su intento, arrojó sus párpados por una ventana, los que cayendo como semillas en tierra movida, brotaron una planta extraña, cuyas hojas chupaban los incondicionales admiradores del enemigo vencido de Morfeo.

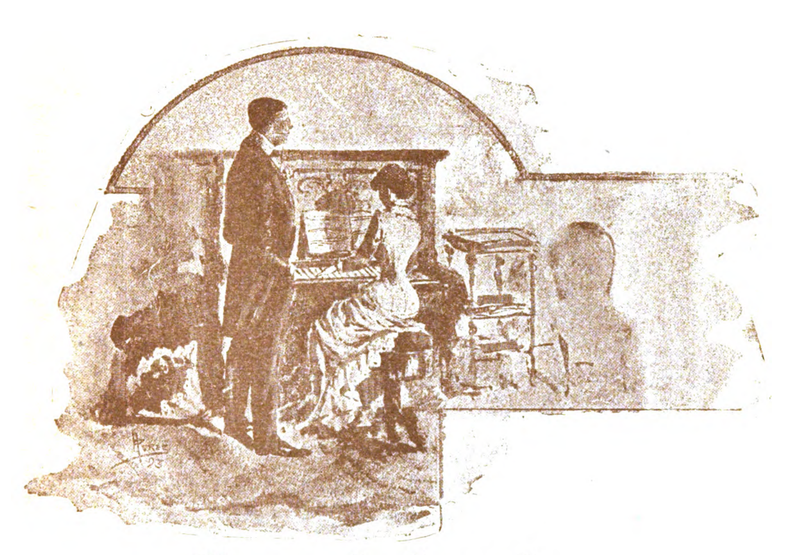
El jugo de aquellas hojas proporcionaba á los súbditos un placer nervioso que les retardaba el sueño, y al rededor del palacio una romería de chinos venía á excitar sus nervios: aquella planta, propagada después por todas partes, se llamó *Thé*.

Pero el thé presidencial, lejos de tener la virtud de la excitabilidad, es una preparación de *fruta del Gua-*

yabo, administrada precaucionalmente como anestésico contra las fuerzas inquietas en la clínica de la sociedad política.



El ramo de Gounod.



El ramo de Gounod.

Á Belisario J. Montero,
director de « El Nacional ».

I

Fernando Lucero, á los 30 años, y en el desempeño de un elevado cargo público, era un hombre seriamente *comprometido*.

Después de haber vivido mucho en pocos años, figurando su nombre en todas las anotaciones del *Gran*

Mundo, generalmente favorecido en el peso en razón de su espiritualidad, imitaba al fin á *Plutus*, á *Exmoor* ó á *Gay-Hermit*, retirándose de la pista para entrar en el *Haras* como reproductor.

Fernando Lucero era seriamente novio, en condiciones férreas.

Su novia, escultural, enigmática, de cabellera crespa y tupida como vegetación del Rincón de Cebollatí; de color el más sensual: té con leche; boca fresca como de *Agnus dei;* manos sin huesos y tacto de seda, tenía la mirada vaga y la expresión de esa cruel indiferencia que arrastra y esclaviza al espíritu impresionable.

Aceptado, luego de vencidas las más decididas oposiciones, presentadas por la tenacidad y el propósito firme de un recto y noble padre de los antiguos de España, Fernando Lucero había penetrado en las salas de Libia, su prometida, sometiéndose al primer término de este dilema: ó se casa usted en el día que se le

fije, ó no entra usted ni á fuego de un millar de bombas.

La situación de Lucero era excepcional. Su sometimiento repentino á las conveniencias sociales, le había causado casi el efecto que hace á un gato cuando lo transportan en bolsa y lo sueltan en una casa nueva; pero ... está por demás decirlo: después de los primeros días, el asilo de Libia era para Lucero, sino *de lo más agradable*, de lo más encantador, dentro de lo culto y de lo noble.

Nunca faltó el *Madgiar* grave que cuida las perlas, la buena amiga desempeñando el cargo de *Vigilante obstruccionista de alto tono.*

Lucero vivía dedicado á las exigencias de sus sentimientos, y á cumplir como caballero lo pactado con el noble padre de Libia, y hacía ostentación de sobriedad y de perfecta abstracción de todo placer mundano.

Las vinculaciones antiguas de la buena sociedad fueron, sin embargo,

causas que muy naturalmente se presentaron poderosas para contrariar en parte los propósitos de Lucero.

Aún no se había señalado el día fijo para el casamiento de Libia, aunque de un momento á otro lo esperaba el visitante, en cada vez que su futuro suegro se presentaba en la sala á cambiar su saludo de orden y su frase breve y fría como un puñal *Misericordia*, cuando una buena tarde recibió Lucero una invitación á comer de los recién casados Raúl de Alba y Mercedes de Fuentes.

Este casamiento había sido de gran sensación.

Los novios inteligentes, aficionados á la pintura y á la música, estaban muy vinculados á Lucero, sobre todo la novia, por antigua amistad con su familia y recíprocas atenciones, que hacen siempre imperecederos los recuerdos y los afectos.

Lucero no había concurrido á la boda, pero su regalo fué magnífico: nada menos que un retrato de mujer elegante, original de Van-Beers.

El regalo había producido estrépito. En la acústica del comentario social resonaban los ecos de la admiración que había causado el desprendimiento de Lucero, que aun comprometido llevaba su generosidad hasta el extremo de abandonar á un original de tanto mérito y sobre todo adquirido de una manera novelesca.

Thomás había tenido la curiosidad de visitar á Lucero á los pocos días de llegar éste de su viaje á Europa, sólo con el objeto de saber cómo Van-Beers había podido desprenderse de su *tipo de mujer elegante, vestida de azul, con sombrilla.*

Supo en la visita, que Van-Beers una noche en *Mónaco,* donde había llegado después de conseguir su mejor triunfo con el *yacht La Sirène,* pintado tan correctamente que sus rivales en concurso alegaron que el cuadro era fotografía iluminada, llamaba la atención jugando á los *plenos* con una elegancia y frialdad positivamente encantadoras.

Van-Beers destacado en medio del grupo vulgar situado en derredor de la mesa de roble, artísticamente grabada con las tablas diversas de la famosa ruleta, perdía impasible.

Una voz clara y firme interrumpe el silencio y atrae las miradas de todos: es la voz de Fernando Lucero dirigiéndose á Van-Beers:

—Tengo una extraña inspiración: jugad al pleno 2 rojo y al 9, salto de caballo.

El pronóstico se realizó. Van-Beers había desquitado sus pérdidas y recuperado una fortuna.

Ganó al 2 pleno, y al color. Había puesto 100,000 francos al rojo.

La voz de Van-Beers, dirigiéndose al profeta, produjo la paralización momentánea de la rutinaria práctica del juego:

—*Votre nom et votre adresse?*

—Fernando Lucero, Hotel du Louvre, 299, París.

Y Lucero, sonriendo de su humorada, abandonó á Mónaco y á Niza, para

internarse de nuevo en el gran centro del placer y del descanso confortable.

A los veinte días apenas de su llegada al Hotel, recibió Lucero el obsequio de Van-Beers, á la vez que Mr. Marechal, dueño del antiguo *Hotel de la Paix,* le enviaba también en una canastita que chorreaba sangre, una *liebre* de las montañas del Jura....

Aquel cuadro, vinculado á la vida mundana de Lucero, fué naturalmente regalado á los recién casados que llevaban su pensamiento á los mejores tiempos de su primera juventud, haciéndole experimentar una nostalgia por el ambiente de sus hábitos, que á pesar de su pasión amorosa sentía Lucero al producirse un acontecimiento social en el que no le era dado tomar parte.

. . . .

Lucero, al recibir la invitación á comer, pensó en el acto que su acep-

tación no era quebrantar los propósitos de su conducta, y en amabilísima conversación con su pálida Libia, arrancó después de algunas observaciones el permiso de ir á comer con los novios.

Libia, sin embargo, dijo á Lucero al despedirse:

—¡Qué pronto dan comidas!.... Éstos me hacen acordar á aquel matrimonio que al día siguiente de la noche de boda, estaba en el mercado, á primera hora, comprando uvas y ensaladas.... ¡qué manía de exhibirse!...

. . . .

La mejor sociabilidad tiene las ideas malignas, y esa misma malignidad, que es de fuero interno, contrasta con la suavidad y esmero de formas reclamadas por el buen tono.

Si en una reunión cualquiera se pudiera leer en la frente, como por efecto rápido de luz, las ideas críticas que cruzan la mente de cada

persona amable, la *soirée* sería un campo de lidia librada á uña, á abanico y á golpe de puño, y correrían riesgo las escotadas, de exhibir contra su voluntad sus mármoles, sus gelatinas ó sus algodones.

Lucero, mientras hacía su *toilette*, en medio de su halago, pensaba como todo hombre sociable en las imperfecciones de la vida, recorría con su imaginación los panoramas de lo ridículo, se sonreía al pensar que en la nueva educación de la mujer entran por mucho la gimnasia y el juego de la pelota.... ¡horror!.... y al recordar las palabras de su Libia, mal aplicadas á los recién casados, de todo punto irreprochables, se le ocurría que aquella novia comprando uvas en el mercado, habría jugado mucho en cancha cerrada como en cancha abierta y necesitaría aire puro y mucho ejercicio, no encontrando en su casita suficiente Frontón para desarrollarse.

Las ideas más extravagantes cru-

zan por la mente de la gente más distinguida; pero, luego todo se desvanece cuando en el corazón existe un fondo honrado que sirve de impulso á todas las acciones.

Lucero, dando un último golpe de cepillo al bigote, movido por el profundo respeto que profesaba á los novios, llegó correctamente vestido, en *coupé*, á la quinta de los desposados.

En la sala resaltaba la *mujer elegante de azul* de Van-Beers, que hacía *pendant* en belleza y delicadeza con la desposada Mercedes de Fuentes, á quien Lucero en una crónica de baile había comparado con una de las figuras de *La Vicaría*, de Fortuny.

En el comedor, todo se había preparado para atraer el aplauso de un gastrónomo de alto bordo como Lucero.

Lucero exclamó, sin embargo, para sus adentros: *Nous verrons voir*.

Seis personas, todas conocidas y

amigas en el gran mundo, tomaron su respectivo asiento.

La novia estaba pálida, abatida.

Se conocía que el novio era *ligero de abajo*, como *Progreso*, del Stud Piñeyrúa.

Existe siempre una gran diferencia entre el empleado de un almacén por mayor que se casa, y un hombre de la sociedad distinguida.

El primero mira la distancia y divide sus apasionamientos y delicadezas desde el primer momento, mientras que el hombre de arte y voluptuoso abre todos los juegos de agua de su imaginación, de su apasionamiento y de su fuerza, y tiene en sus primeros días de vida íntima, iluminada su alma como una alegoría del *Black-Croock*.

Tres horas espléndidas.

Lucero habló de pintura y escultura, provocado por una de las señoritas invitadas, que hacía alarde de poseer álbumes de grabados y fotografías de las mejores estatuas y cuadros, y citaba con frecuencia la Mel-

pomene del Louvre, y en pintura á la madona de San Sixto, diciendo muy engreída, que cuando chica pintaba al pastel.

Otra encantadora perla de la sociedad distinguida no gustaba del vino Burdeos: prefería el vino fuerte, y comió siempre con Jerez.

Estaba preocupadísima de *Juca de Portento de Virtude,* residente en Río y por accidente en cama — se había caído del caballo,—razón por la cual había suspendido su acostumbrada remesa de *bananas, abacaxis, mangas* y *cocos.*

En breve *Juca* vendría á pedir su mano y cambiaría por los cocos enviados, el coco más sabroso que pudiera devorarse....

Muy frecuentemente Libia era el objeto de las ponderaciones cariñosísimas de todos, á punto de hacer poner á Lucero colorado hasta las orejas, al sentir el calor de la luna de miel que se le auguraba.

El *Bouxi Cabinet,* y el *Champagne*

Rose, importación Favaro, dieron el último golpe maestro á la comida.

Brindis de felicidad, de amor, de amistad, risas de bienestar, miradas que descubrían envidias de las voluptuosidades de los novios, citándose lánguidamente en silencio á las nuevas horas ya cercanas de su soledad.

La novia ofreció á Lucero, en agradecimiento á un brindis espiritual, un ramo formado con los seis *petits bouquets* que figuraban en cada asiento, y que la circunstancia de estar artísticamente colocados en floreritos de cristal, hizo que todos quedasen intactos al fin del banquete, en su posición elegante.

Raúl de Alba con toda distinción invitó á los convidados á tomar el café en la sala.

—Es necesario tomar el café en compañía *de la mujer elegante vestida de azul, con sombrilla*, como decía Thomás.

El ramo aplicado á una hoja de

papel blanco y atado con una cinta de seda celeste que daba cien vueltas al cabo, era formado de heliotropos, jazmines del país, dos mosquetas, *eau de Cologne*, *myosotis* y algún pimpollo de rosa té, era un capricho de artífice sobresaliente y digno de las manos delicadísimas y del buen gusto que era famoso en Mercedes de Fuentes.

. . . .

A las doce de la noche, Lucero, en ese estado de felicidad que producen los vinos puros, la conversación ó el *esprit* entre gentes que se quieren ó que saben hacerse querer, se encontraba frente á su propia casa, haciendo conjeturas sobre la aplicación oportuna del ramo.

Aquellas flores marchitas al día siguiente estarían impresentables á Libia.

Era necesario aplicar el ramo de otro modo.

Lucero, que estaba salido de sus casillas, como era natural, pensó, es

cierto, en la gravedad de su futuro suegro; pero á la vez recordó que en la noche anterior había obtenido gran éxito una joven *debutante* en el canto, de quien los periódicos ponderaban su belleza descomunal en el papel de Margarita en *Fausto.*

Lucero, bajo las visiones del *Champagne Rose,* escribió en un papel blanco: *Gounod,* y llegando al hotel donde residía la artista, entregó el ramo al portero, diciéndole:

— Entregue usted esto á la señorita *Troublette.*

— Está ensayando; espere usted.

Y agregó el portero á su vuelta:

— Dice la señorita que agradece á *Gounod* y que se haga presentar por el patrón del hotel mañana, porque desea conocerlo. Creo que no dijo más. ¿Ha comprendido usted?...

II

A las tres de la tarde del día siguiente, Lucero, después de haber sofisticado contra su propia lógica y supuesto efímeros los peligros de la relación con *Troublette*, se hizo la promesa de que no tendría consecuencia alguna desagradable su visita, y considerándose obligado á realizarla á fuer de hombre educado y en calidad de única, se dirigió al hotel, donde acompañado del propietario, se presentó en la sala de *Troublette*.

Ésta era una belleza tan incomparable, que *Gounod* al verla se puso pálido.

Vestida con una bata de terciopelo negro sobre falda azul sajón, lucía un cuello de *point d'Alençon*, que le daba aire aristocrático, y sonriendo al conocer la impresión de su

visitante, le estiró á éste la mano, dirigiéndole á la vez una frase de agradecimiento.

Su admirador, acordándose de su respetable suegro en perspectiva, juzgó prudente no sonreir y puso la cara seria de un gerente de Banco, más bien que la de un pretendiente adulador.

El padre de *Troublette*, hombre viejo, un tenor retirado y acostumbrado á los salones de buen tono, invitó á *Gounod* á tomar asiento, y desde aquel momento se estableció una conversación más ó menos animada sobre puntos que no interesaban á *Troublette*, razón por la cual se retiró hacia el piano, extrañando también que *Gounod* no la hubiera mirado ni siquiera de reojo.

Á poco rato, *Troublette* preludiaba á media voz la *Danza delle memorie*, acentuando lo más suavemente posible sus dedos de marfil sobre los colmillos de elefante transformados en teclado.

Danze t'aspettano, corone e fiori,
Gioie e delizie di dolce amore.

La visita fué breve. Lucero comprendió que el viejo tenor tenía la vanidad de sus antiguos triunfos, y *Troublette,* en seguida de la salida de *Gounod,* dijo con aire de desencanto:

—Este señor será sin duda una persona muy ilustrada y muy seria, y no se explica de otro modo desempeñando un cargo tan elevado. El propietario del hotel me dijo hoy que *Gounod* era el *Procureur de la République.*

A la noche, Lucero con el aire más inocentón visitó á su Libia, á quien halló contrariada y curiosa de conocer los detalles de la comida en casa de Raúl de Alba y de Mercedes de Fuentes.

—Tú vienes triste, mi querido Fernando; pero más triste estoy yo, porque soñé que me habías olvidado y que ya no me querías.

—¡Libia adorada!.... ¡sólo la

muerte podría separarme de tí .... te amo.... te amo.... te adoro!.... Estoy triste porque sentía tu ausencia, anoche en medio de la alegría del pequeño banquete. Te prometo no ir más á convite alguno.

A última hora se sintieron los pasos del futuro suegro, y apenas entrado en la sala y saludado como de costumbre, dijo gravemente:

—Deseo que el casamiento de mi hija tenga lugar el 20 de Octubre.... ¿tiene usted algo que observar?.. .

Lucero no pudo menos de conmoverse, pero inmediatamente repuesto, contestó:

—Perfectamente; un día más de demora me hubiera contrariado enormemente....

Al día siguiente, *Gounod* recibía una tarjeta del viejo tenor invitándolo á tomar el té á las tres.

Debo asistir, calculó Lucero; tal cosa no puede perjudicarme: soy bastante hombre para dominarme.

Y el té ofrecido por *Troublette* y

el viejo tenor tenía por causa un interés puramente artístico.

—Señor *Gounod*, dijo el viejo, sé que es usted persona influyente con el empresario Raignette y deseamos que usted nos rinda un señalado servicio. Por el contrato de *Troublette*, la empresa se obliga dentro de la primera quincena á dar dos óperas del repertorio de *Troublette*. Se ha cantado *Fausto*, pero parece que hasta después de dos meses no volverá á cantar mi hija. Esto es una ofensa, un desconocimiento de lo pactado, un perjuicio manifiesto á la gloria de mi hija. *Troublette* debe cantar *Un Ballo in Maschera*, ó sino estamos decididos á pedir la rescisión del contrato.

Lucero no atinó á excusarse, prometió arreglar todo eso, y dijo muy resueltamente, que era asunto fácil de componer.

Entretanto, el viejo tenor abandonó la sala con el objeto de traer habanos, que estaban en su dormitorio, al fondo de su departamento.

Troublette, nuevamente aburrida de la seriedad del *Procureur de la République,* había recuperado su actitud en el piano.

Gounod, al encontrarse solo con *Troublette,* dijo para sus adentros: no quiero que esta mujer me tome por un imbécil.

Y decididamente, en momentos en que *Troublette* vagaba por las regiones de la gloria y probablemente de sus antiguos amores, *Gounod* se precipitó sobre ella, la abrazó fuertemente y le acarició con sus labios una de las rosas suaves y ardientes de sus mejillas, que parecían pintadas por un acuarelista de mérito.

Gounod soltó la presa al sentir los pasos del viejo tenor, volviendo con sus *Patriotas.*

De la sorpresa resultó la estupefacción de *Troublette,* á la vez que su decisión de silencio, aunque su gesto y su expresión denotaban un profundo disgusto.

Al retirarse, *Troublette* dijo con cierto señorío á *Gounod:*

—Mañana contamos con su visita. Deseo decirle algo que me interesa. El té hoy no es bueno: procuraremos, señor *Gounod*, serle mañana más agradables.

Lucero, convencido de que había cometido una *barbaridad*, se fué, es claro, á ver al empresario Raignette.

—Sáqueme usted de un apuro inaudito. Anuncie, por favor, *Un Ballo in Maschera* para el domingo. Le explicaré después mi situación apurada.

El empresario contestó en el acto:

—No puedo negar nada á su buena amistad.

Gounod concurrió muy resueltamente al té número tres de *Troublette*.

Le impulsaba la idea de excusarse y cumplir con sus deberes más estrictos.

—¡Señor!—exclamó *Troublette* al entrar *Gounod*. (El viejo no estaba en la sala.)—Usted ha sorprendido mi honestidad; usted ha cometido un abuso

grave. Exijo de usted sus excusas y la promesa de no volver á faltarme de una manera tan.... no sé cómo clasificar.... señor *Gounod.*

—No sólo presento mis excusas, sino que estoy arrepentido de un acto que contraría mi educación, y la norma de conducta que mis sentimientos más íntimos me obligan á cumplir estrictamente. Mil veces perdón, y que nuestra relación sea, desde hoy, puramente literaria. Impongamos al amor perpetuo silencio, como dicen los jueces, y hagamos versos, traducciones, lecturas de todo lo ameno. En esta forma únicamente prometo á usted si le fuera agradable, mi sociabilidad permanente.

—Bravo *Gounod:* ¡admirable idea! yo traduciré el *Fliegende Blätter* y *Die Mode Zeitung.*

—Y yo, dijo *Gounod,* traduciré al francés «La Leyenda Patria», y los pareados del *Grand Canard.*

En ese momento tocó un timbre y apareció el viejo tenor, recibiendo á

un portero del teatro con una tarjeta que se leyó en voz alta:

« Señorita *Troublette:* A ruego del señor *Procureur de la République* se pone el domingo en escena *Un Ballo in Maschera.*

«La Empresa espera un nuevo triunfo de su estrella *Troublette* en el *rol* de paje. — *Raignette.* »

— ¡Oh, señor *Gounod!*... ¡ oh!... ¡ oh! ....

— ¡ Otra vez y mil veces bravísimo *Gounod!* ....

Y le estrechaban las manos á Lucero efusivamente, y el viejo le daba un abrazo estrecho.

— *Voi siete un cavalier antico, dei veri, naturale e buono come il vino di Siracusa.*

Lucero empezó á preocuparse de la forma especial con que los sucesos le iban ligando á *Troublette.*

Troublette no sólo era linda, sino de un talento extraordinario, versada en varios idiomas, de un *esprit* maravilloso y de una bondad sin límites.

Los pobres y su gloria artística eran sus dos grandes preocupaciones.

Todos los días distribuía unas cuantas liras á las pobres viejas mendigas parroquianas del Hotel.

Conocer y tratar á *Troublette* era vincularse á ella para siempre.

Lucero, que también tenía la manía de la caridad, encontraba un nuevo aliciente poderoso para no romper del todo con *Troublette*.

Las visitas habían coincidido.

De día, *Troublette* con literatura y té.

De noche, Libia con romanticismo y la biblia de su buen padre.

En *Un Ballo in Maschera*, *Troublette*, de paje, hizo desesperar á los *amateurs* de todas las edades, y *Gounod*, que no había hecho voto de castidad, empezó á confundir su literatura, á tal extremo que *Troublette* se veía obligada á tomar medidas muy honrosas y poco comunes por cierto en la *carne de teatro*, según una expresión vulgar.

El viejo vivía encantado con *Gounod*. Éste había leído á propósito un diccionario biográfico de músicos ilustres, y recordaba al tenor en cada visita alguno de sus innumerables triunfos de su carrera artística.

—¿Recuerda usted, mi querido tenor, cuando recibió usted la condecoración de la orden del Perro, del rey Victorio Emanuele, con motivo de la cooperación de usted en el concierto dado á beneficio de los heridos de Aspromonte?

—¡Qué recuerdo dulce!...decía el viejo, y se le humedecían los ojos.

Entretanto, la buena amistad de *Troublette* se iba acentuando.

—*Caro Gounod: siete buono e vi concedo un bacio.... tranquilamente.... come un buon amico....*

III

Los preparativos de la boda eran espléndidos. La novia tenía un ajuar lujoso, propio de una buena mimosa. Las modistas y empleados de las mejores tiendas, con sus gorras azules y el letrero de la casa en letras amarillas, entraban y salían.

Ya no visitaba Lucero á Libia, sino á un taller de Mme. Carrau: vestidos, batones, enaguas, tules, encajes.

La novia estaba complacida de la proximidad de la noche clásica.

Lucero con *Troublette* en su sangre y con Libia en su corazón, veía aproximarse el día de la boda, lamentándose de haber perdido el tiempo en sus visitas literarias á *Troublette*, y sus cientos de pesos en Chateau Lafitte y cigarros de Inocencio Álva-

rez, á fin de que el viejo tenor conservara siempre buena opinión sobre sus cualidades caballerescas.

Llegó por fin la víspera de la boda. Ese día faltó *Gounod* al té de *Troublette*, ya decidido á no verla más.

—Seamos serios, se dijo Lucero; basta de bromas: pensemos en nuestro porvenir.

Troublette, acostumbrada á la exactitud de *Gounod*, se extrañó, y llamó al propietario del Hotel, un gran conversador como todos, y le preguntó si sabía de *Gounod*.

El hotelero le dijo entonces *muy discretamente*, lo que *Troublette* ignoraba en absoluto:

—¿No sabe usted que *Gounod* se casa mañana con la señorita Libia Azcurrain?

Troublette, acostumbrada á la intriga mundana, se repuso de su emoción, que no pudo disimular, y exclamó:

—Eso lo sé; pero hoy, preguntó, ¿no le ha visto usted?

IV

Al día siguiente, Lucero con la preocupación de su boda, estaba reconcentrado en las ideas propias del momento.

—Es necesario comer temprano y bien, se dijo.

A las seis y media de la tarde, Lucero se hacía servir langosta, costillas á la Villeroy, *becacina* á la *grille*, espárragos, punch á la *romaine*, dulce de durazno en caldo, *Cammembert*, una botella de *Chateau Latour*, y café caracolillo.

Al encender un *Príncipe de Gales*, lo sorprende una tarjeta perfumada, en sobre pequeño y una violeta azul como monograma. Era indudablemente la violeta monograma de *Troublette*.

«*Gounod:* mi padre ha tenido algunas dificultades con Raignette sobre el pago de la quincena. Estoy sola, tengo miedo. Necesito una au-

diencia literaria que conserve en mi alma eternamente el recuerdo de usted. Lo espero á las ocho en punto.»

—*¡ Audacia!* dijo *Gounod*, bajo la impresión del *Latour tirage du Chateau:* á las ocho con *Troublette;* á las nueve con Libia... ¡la vida es frágil!..

V

La casa de Libia estaba decorada con todo lujo y gusto nuevo.

El patio materialmente atestado de ramos y canastas de blancas camelias, azahares que mareaban, violetas cuyo perfume inclina á la benevolencia.

La sala, profusamente iluminada por luz eléctrica y por la luz de grupos de ojos radiantes que admiraban á la novia vestida de blanco opaco del raso moderno, diferente del blanco chillón de la seda, y salpicado de azahares de artificio, como último adorno de la virgen.

El señor cura mirando con sorna al Juez de Paz con su banda celeste.

Todo estaba pronto. Sólo faltaba Fernando Lucero.

El novio no podía asistir. Acababa de ser víctima de.... *un ataque de apoplejía.*

Gounod había sido sacado en estado grave del Hotel de *Troublette* y conducido á la casa que esperaba á los novios.

Un síncope repentino, que se creyó la muerte, aterrorizó á *Troublette* durante la audiencia literaria, y salió precipitadamente, pidiendo socorro.

El doctor Sawer había prestado los primeros auxilios. Una frotación en la espalda con un cepillo de lavar patios, presentado por un portero. En seguida, no siendo eficaz aquel procedimiento, se le envolvieron á *Gounod* los pies con estopa, se le puso encima de una mesa de mármol, se empapó la estopa en aguardiente y se le prendió fuego.

El doctor Sawer, en medio de su preocupación, se acordó de los globos de fiestas patrias.

Un salto demostró que Lucero volvía en sí.

Se procedió á apagar el incendio de la estopa.

Se colocó á *Gounod* en la cama.

Gounod pudo hablar.

El doctor Sawer exclamó: *É salvo,* como en la *Forza del Destino.*

Las primeras palabras de *Gounod* fueron:

—¡Libia.... *Troublette!*....

Y en seguida con decisión pidió que se buscase al escribano Garção, á fin de autorizar un podér en favor de una persona seria que se constituyera á casa de Libia.

—No quiero jóvenes....eso sería ridículo.... una persona respetable.... Blas Sorhueta, por ejemplo, á quien se podrá encontrar ahora en el Casino Italiano, jugando al *golfo.*

Todo quedó arreglado en un cuarto de hora.

Blas Sorhueta, cumpliendo estrictamente el mandato, se presentó en casa de Libia, explicando en lenguaje

éuscaro y muy discretamente, la imposibilidad momentánea de Lucero.

Se verificó solemnemente el matrimonio por poder, bajo las impresiones diversas que un acontecimiento tan inesperado produjo en la curiosa concurrencia.

La curación de Fernando Lucero fué breve, y coincidió con el alejamiento de *Troublette* para San Petersburgo, donde debía cumplir un contrato ventajoso en la próxima temporada de invierno.

. . . .



Índice.



Índice.



*Este libro ha sido impreso
en el establecimiento tipográfico
de Dornaleche y Reyes.*

Montevideo, Septiembre de 1893.



